

ANTONIO VILANOVA Y NÉSTOR LUJÁN. EL APRENDIZAJE DE LA CRÍTICA LITERARIA

1. EL CONTEXTO DE LA GUERRA, LOS PRIMEROS APRENDIZAJES LITERARIOS Y LA INESTIMABLE COMPAÑÍA DE NÉSTOR LUJÁN

Para referirnos a los aprendizajes literarios de quien acabaría siendo uno de los críticos literarios de más prestigio y credibilidad del tercer cuarto del s. XX en el panorama de las letras españolas y catalanas, Antonio Vilanova (Barcelona, 1923-2008), debemos remontarnos al turbulento periodo de la Guerra Civil y a la inmediata posguerra. En este escenario hemos localizado una documentación que advierte de dos pilares fundamentales sobre los que se construye su gusto literario: por un lado, la correspondencia que a lo largo de los meses del verano de 1938 mantiene con quien al cabo de unos años sería el jefe de redactores del semanario *Destino*, Néstor Luján, amigo inseparable de la infancia y compañero de pupitre, primero en el colegio de los Maristas de la calle Llúria de Barcelona, donde se enseñaba «con un sistema educativo muy disciplinado, metódico y sistemático, al límite del rigor» (Pons: 2004: 22), y posteriormente, en el instituto Balmes. Por otro, la existencia de un *Diario* personal que encontramos en 2010 entre los documentos que formaban parte del Archivo Vilanova, depositado en la Universidad de Barcelona. En este *Diario*, que se iniciaba en junio de 1938 –por tanto, es paralelo a la correspondencia con Luján- un jovencísimo Antonio Vilanova dejaba plasmadas sus vivencias e impresiones cotidianas durante los últimos meses de la Guerra Civil. Su última entrada corresponde al 23 de enero de 1939, momento en que las tropas nacionales están ya a las puertas de la ciudad condal.

En medio de una Barcelona asediada por los bombardeos de un frente que cada vez se acercaba más hacia la ciudad avanzando por el

sur, la familia Vilanova resistía como podía los embates de la guerra: el hambre, la escasez y la continua angustia provocada por las sirenas de alarma y el posterior rumor de los Savoia de la Aviación Legionaria italiana sobrevolando el espacio aéreo de la ciudad. El joven Antonio, hijo único de una familia que encajaría en las características de la burguesía barcelonesa, con los estudios interrumpidos por la guerra, solo encontró una manera de vencer el temor y el sopor: leer. Leer prácticamente sin pausa. Por su parte, la familia Luján, había preferido alejarse de los peligros de una ciudad en guerra marchándose a Martorelles, un pequeño pueblo situado en el Vallés Oriental. Néstor, un año mayor que Antonio, vivía una situación paralela a la de su amigo: solo encontraba cierto alivio al hastío que le supone el contexto rural en la lectura compulsiva.

Es en este punto de sus trayectorias, en estas primeras lecturas que pueblan los meses del final de la guerra y el principio de la posguerra, cuando podemos afirmar que se forja la estructura fundamental de sus aprendizajes literarios y de sus gustos. Unos aprendizajes, por tanto, condicionados por unas circunstancias sociopolíticas que inciden plenamente en su formación, que precisamente por este contexto, sería prácticamente autodidacta y por puro placer de la lectura durante los años que median desde este punto de 1938 hasta su ingreso en la Universidad de Barcelona en el curso 1940-41. Sabemos por su *Diario* que durante el periodo que media entre los últimos meses de 1938 y el ingreso en la Universidad, Vilanova asistía periódicamente a lo que él denomina la Academia, que era la «Agrupación de Doctores y Licenciados en Ciencias y Letras», para completar los estudios de Bachiller, título que obtendría en agosto de 1940 con la máxima calificación. Precisamente en la Academia es, según escribe él mismo, donde se enteraría de que las tropas nacionales ya habían ocupado Tarragona y los pueblos de alrededor. Barcelona caería en pocos días.

La correspondencia que de mayo a agosto de 1938 viajó periódicamente de Martorelles a Barcelona con la finalidad de acortar la distancia entre los dos amigos, por entonces circunstancialmente separados, es testigo de todas las lecturas que compartieron durante aquel periodo, así como de sus primeros ensayos como aprendices de críticos literarios. También lo fueron de las dificultades, de los temores y de las hostilidades de una guerra vivida desde la perspectiva de un adolescente de quince años en una ciudad bombardeada, y de uno de

catorce, en el caso de Néstor, desempeñando tareas ganaderas y agrícolas para subsistir. Es preciso señalar que de esta correspondencia que abarca unos pocos meses, únicamente se han podido consultar las cartas enviadas por Luján a Vilanova, puesto que entre los documentos del Archivo personal de Néstor Luján, depositados en la Biblioteca de Catalunya, no se encuentran los pertenecientes al periodo de la Guerra Civil, por lo que las cartas de Vilanova, o bien están actualmente en paradero desconocido –no nos consta que las haya guardado la familia–, o bien no se han conservado. Sí pudimos consultar, no obstante, un dietario correspondiente al curso universitario 1941-42, que nos será muy útil para contrastar muchos aspectos acerca del ambiente que se vivía por aquel entonces en la Facultad de Filosofía y Letras, periodo al que posteriormente nos referiremos.

Pero si regresamos a los últimos meses de la guerra, en efecto, comprobamos que ambos documentos, el *Diario* de Vilanova y la correspondencia de Luján, inéditos hasta el momento, al estar escritos en el mismo periodo, entrecruzan informaciones y juicios sobre los aprendizajes literarios que van realizando en paralelo a partir de las lecturas que se recomiendan entre sí y que luego comentan. De ahí que podamos afirmar que sus aprendizajes literarios de adolescencia se fraguan a partir de un tronco común, es decir, de las mismas lecturas y de una formación plenamente auto instruida e impulsada por un placer innato por la lectura y por aprender todo lo posible de lo que gira en torno a la sensibilidad literaria. Estos dos documentos configuran, pues, la primera muestra que se conserva de quienes acabarían siendo dos de los críticos más importantes de nuestras letras contemporáneas y demuestran que sus aprendizajes literarios tienen una forja común que va configurando sus gustos y sus querencias, a pesar de que pronto elegirían caminos distintos para desarrollar profesionalmente sus habilidades y sus conocimientos, como crítico literario y profesor universitario en el caso de Antonio Vilanova, y como escritor y periodista, en el caso de Néstor Luján.

Al centrarnos en el contenido del *Diario* de Antonio Vilanova, lo primero que nos llama la atención es que su joven autor fantasea en su elaboración dirigiéndose a un futuro lector, un «curioso lector» desconocido e imaginario, a cuya lectura destina el relato de sus quehaceres cotidianos en una ciudad anodina, paralizada y continuamente bombardeada. Vilanova apela y se dirige a ese lector futuro a sabiendas de que él acabará siendo «un gran hombre»; con el

lector imaginario del futuro comparte sus lecturas, las correspondientes reseñas y las reflexiones acerca del estado político del país. El objetivo del *Diario*, según él mismo reconoce, es sencillo: «no me guían a este objeto otras razones que vencer el tedio que me abruma, distraer mis ocios en este *far niente*». Sin embargo, si lo abordamos desde una perspectiva histórica, esa simplicidad adquiere una relevancia sustancial, porque debido a la situación en la que se escribe, este texto adquiere la envergadura de documento histórico convirtiéndose en un diario de guerra «una guerra de las más crueles y más ensangrentadas que se han visto», a través del cual, un Vilanova siempre atento a la prensa —era asiduo lector de *La Vanguardia* y va acompañando algunos fragmentos con recortes informativos— ofrece una cronología detallada acerca de los movimientos del frente y de los truculentos acontecimientos políticos del momento, tanto de los movimientos del gobierno todavía vigente de la República, como de las reuniones del general Franco con distintas personalidades políticas internacionales.

Asimismo, Vilanova también va relatando el progresivo empeoramiento de la situación europea, con Hitler como centro de la discordia política, que acabará desembocando en el 39 con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Pero sobre todo, teniendo presente la perspectiva del contexto, la mayor valía documental de este *Diario* es que refleja los efectos devastadores de los últimos suspiros de una Guerra Civil vivida desde dentro de la capital catalana a lo largo de aquel verano de 1938. Todo lo que vive el país se personifica ante los ojos y la sensibilidad de un adolescente —ciertamente poco común por la madurez y el calado de sus reflexiones y por la naturaleza de sus intereses— que, en su realidad cotidiana, teme por su vida y la de su familia. Ya en la primera página del *Diario* leemos estas reflexiones —están transcritas literalmente—:

[...] por desgracia, Dios omnipotente ha querido que viviera en unos tiempos calamitosos; ha querido que sufriera una guerra (que dura aún y que Él sabe cómo y cuándo terminará) de las más crueles, de las más encarnizadas que se han visto; ha querido que durante casi dos años (23 meses por ahora y ya veremos lo que durará) sufra todas las privaciones, todas las mortificaciones todos los peligros que puede sufrir un hombre y que, (lo confieso) nunca pensé que tuviera que sufrir. Y lo que es más, estas privaciones, estos peligros que he sufrido y sufro aún no son solamente materiales sino también morales.

Materialmente pasamos privaciones, en el sentido de la formidable escasez de comida, de específicos y medicinas; de jabón por ejemplo, de papel, en fin de todos los artículos más indispensables para la vida.

[...] Temiendo pues todo esto en mente, he pensado que sería muy útil aunque solo sea para mi solaz el hacer una reseña verídica y cierta de este periodo de mi vida y como que preveo que si no muero de hambre o de una bomba aún podré ver el fin de la guerra y una era de paz y de tranquilidad en España, de esto se deduce que mi vida habrá pasado por una serie de circunstancias importantísimas en la Historia de España que será curiosa reseñar (junio de 1938)

Y aquí dos ejemplos más al respecto de los muchos que se refieren a la dramática situación provocada por los bombardeos a Barcelona:

Esta noche hemos sido víctimas de un horrible bombardeo. Hacia las 3⁴⁵ más o menos he sido despertado desagradablemente por la simultánea explosión de diversas bombas. Como que la detonación a la par que múltiple ha sido muy fuerte y como que mis padres me han llamado, me he levantado. Al poco rato como que ha cesado todo ruido y no se ha oído nada más, me he vuelto a la cama. Han tocado las cuatro en el reloj del principal, bien pronto el silencio sepulcral que reinaba ha sido roto. Los motores de los aviones roncaban amenazadores y cercanos..., y ya la carga mortífera caía rauda y cruel..., y luego, otra vez silencio, un silencio opresor, de inmensa tensión, de enorme temor que paulatinamente va disminuyendo... ¡y otra vez! Otra vez bombas y detonaciones y explosiones en xxx confusión. Por fin silencio, perenne y tirante..., pero silencio (19 de agosto de 1938)

Esta mañana [...] cuando estaba en la Librería Catalonia en la Ronda de San Pedro, en donde había entrado para curiosar, han sonado las sirenas de alarma. Por mí, no me he preocupado, pero mamá he pensado que se asustaría mucho de que no estuviera en casa. He salido volando pero he tenido que refugiarme en medio camino debido a muchas explosiones de antiaéreos y bombas que se oían. Cuando han cesado he vuelto a reanudar mi marcha hasta llegar a casa (13 de octubre de 1938)

Si bien hemos perfilado ligeramente la vertiente histórica del *Diario*, sin duda debemos referirnos a otra no menos relevante, puesto que su contenido nos permite realizar un análisis desde una perspectiva

literaria: Vilanova, que como anteriormente ya se ha indicado, no puede asistir regularmente a sus estudios durante algunos meses, trata de entretenerse con lo que más le gusta, que es leer las obras literarias que va consiguiendo para él y para su amigo Néstor Luján. Los siguientes extractos corresponden al mes de agosto de 1938 y sirven como muestra para entender no solo la asiduidad con la que adquiría libros, sino también como una carta de presentación acerca de la tipología de lecturas que le interesaban:

Hoy sí que estaba tío Anselmo en la librería. Hemos comprado *La educación de la inventiva* de J. Ruyra. De la misma Editorial ha salido un volumen pequeño, especie de Antología de las poesías de C. Riba. También ha salido el primer volumen de una edición de los *Episodios Nacionales* en Honor del Episodio Republicano. Vale 6 pesetas. Y hay tan solo *Trafalgar*. No sé si lo compraremos (23 de agosto de 1938)

Por la tarde he salido con papá y hemos ido a la librería de tío Anselmo. Papá se ha ido al poco rato. Hoy me he comprado el lote de libros mensual.¹ En la librería de mi tío he comprado *Dos o tres gracias* de Huxley, *Londres* de Camba y *Cuentos de lo grotesco y arabesco* de Poe. Al volver a casa he pasado por la Editorial Políglota y he comprado *El comendador Mendoza* de Valera y *La abadía de Northanger* de Jane Austen, todos ellos de la Colección Universal Espasa-Calpe. En total he gastado 24 pesetas. Me queda una (25 de agosto de 1938)

La retahíla incesante de títulos se va viendo reflejada en el *Diario* y, en paralelo, en la correspondencia que mantiene con Néstor, hecho que sabemos por los comentarios, los pareceres y las discusiones sobre dichas lecturas que viajaban de vuelta de Martorellas a Barcelona. Por tanto, gracias al *Diario* y a la correspondencia con Luján no solo conocemos lo que leen sino lo que opinan sobre esas lecturas tempranas, porque es ahí donde empiezan a elaborar las primeras críticas literarias que se conservan. Estas primeras prácticas son una demostración evidente de un dominio de lo literario insólito para su edad, cuyos análisis y observaciones son de una exquisitez que, ya a esas alturas,

¹ Vilanova explica que normalmente adquiría lotes mensuales de libros. En efecto, si reparamos en ello en la lectura del *Diario*, donde va dando cuenta de todos los volúmenes que compra, comprobamos que era frecuente que saliera de las librerías con varios libros a la vez.

prometía un camino fecundo dedicado a la literatura. Los títulos y los autores que durante ese tiempo pasan por las manos de Antonio Vilanova nada tienen que ver con las costumbres y los pasatiempos de su generación, sino que más bien son un indicador de una precocidad y de una sensibilidad innata por la literatura que le convierten, junto a Néstor Luján, en un practicante de crítico cuyo nivel de conocimientos se sitúa muy por encima de lo común. Entre esas lecturas que comentan y comparten –traducidas indistintamente al catalán o al castellano– figuran nombres como Virginia Woolf, Aldous Huxley, André Maurois, Honoré Balzac, Charles Dickens, Oscar Wilde, y un larguísimo etcétera que se extiende hasta alcanzar un total de 119 lecturas –el mismo Vilanova las va numerando–, con sus respectivas reseñas a lo largo de los seis meses que comprende el *Diario*, del 19 de julio de 1938 al 23 de enero de 1939.

2. LA UNIVERSIDAD DE LA POSGUERRA, UN DESIERTO CULTURAL

Al aspecto literario el *Diario* se añade otro dato relevante que se desprende precisamente de revisar las lecturas de juventud; y es que la generación que vivió su adolescencia durante la Guerra Civil en Barcelona, será la última en mucho tiempo que, por un lado, tuvo la oportunidad de formarse en catalán y de naturalizar la lectura en su lengua materna, y por otro, fue también la postrera que pudo leer sin censuras a los grandes autores de la literatura moderna y contemporánea, tanto española como extranjera, que quedaría censurada después de la guerra. Es decir, fueron los últimos que vivieron su infancia y sus primeros aprendizajes con la normalidad del bilingüismo literario; la última generación que recibió una formación de base sin restricciones de ningún tipo, ni lingüísticas ni ideológicas.

Este dato no es en absoluto baladí, pues nos permite comprender por qué les resultaría tan insustancial su posterior paso por la Universidad de Barcelona a principios de los 40, donde se encontraron con un sistema educativo privado de libertad de cátedra y depurado de la mayoría de sus grandes maestros. Su lugar, salvo contadas excepciones, lo habían ocupado profesores mediocres que restaron valor y prestigio al nivel que la Universidad había alcanzado antes del 36. «La Universitat era una insitució més aviat trista en aquell temps en que flotava el record d'il·lustres professors desapareguts, exiliats o difunts» (Perucho: 1992: 81), recordaría Joan Perucho, uno de los alumnos que pasaron también por las aulas del emblemático Edificio Histórico de la Universitat de

Barcelona y que desde entonces formó parte del círculo de amistades más cercano de Luján y de Vilanova. Sobre la figura de Perucho, diría Luján en *El pont estret dels anys 50* que «l'extraordinari Joan Perucho i jo ens vàrem conèixer fa més de quaranta anys, als nostres primers dies universitaris, al pati i a les aules compartim els de dret i filosofia i lletres: ell estudiava lleis i escrivia poesia. Escorcollava el món que l'envoltava amb aquells ulls rodos, sempre oberts i curiosos» (Luján: 1995: 25)

Como consecuencia de este desajuste entre la formación del alumnado y la del profesorado, se produciría la paradoja de que en muchas clases, serían ellos quienes siendo alumnos, mostraban tener de largo más conocimientos que sus profesores. Agustí Pons, biógrafo de Néstor Luján, relata en *Néstor Luján, el periodisme liberal* (2004) la sintomática anécdota que Néstor solía explicar rememorando en muchas conversaciones precisamente la etapa universitaria: «Vilanova passava els apunts de literatura al professor que l'any següent li havia de donar classe» (Pons: 2004: 41). Según Pons, Luján añadía la siguiente reflexión mostrándose indignado ante la carencia de horizontes educativos y culturales que presidían mayoritariamente la universidad: «Molt pitjor que estar governat per gent dolenta és estar governat per estúpids».

Si revisamos el primer *Diario* de Néstor Luján, que abarca el curso de 1941-1942, comprobamos que el Luján universitario es plenamente consciente de la pésima preparación del profesorado —con excepciones significativas como Martín de Riquer o Xavier de Salas, profesores afines al régimen de Franco— y de la pobreza intelectual que generalmente habitaba las aulas de la Universidad a principios de la década de los cuarenta. En este sentido, con una alta dosis de sarcasmo muy propia ya por aquel entonces de Néstor, nos ofrece una sucesión de anécdotas que sacan a relucir el patetismo del profesorado más joven; entre ellas merece la pena destacar una que tuvo como protagonista a Antonio Vilanova y que también recordaría décadas después en las conversaciones con Agustí Pons. En la entrada correspondiente al 28 de octubre de 1941 del *Diario*, Luján escribe que, encontrándose convaleciente de una «circuncisión» que le acaban de practicar, recibía asiduamente las visitas de Antonio y que en una de ellas le explicó, entre divertido y burlesco, una anécdota que rápidamente quiso reproducir en el *Diario* sumándose a la suya —«un fet digne de ser explicat i recordat i que mostra la mesura cultural de la nostra universitat», escribe—: al parecer un tal Señor Fernando se vio obligado a impartir una asignatura de literatura española moderna en la Universidad —«poesia,

especialment»-, sin tener una mínima idea del asunto. El tal señor conocía la librería que tenía un pariente de Vilanova en las Ramblas y se dirigió allí con el apuro con la intención de que le recomendaran libros para preparar su asignatura. Según cuenta Luján, «el tiet Anselmo li va dir que no, que no tenien els llibres que precisava, i l'atabalament del Sr. Fernando va augmentar visiblement». En aquell precis moment entraba en la librería el padre de Antonio, Rafael Vilanova, y el librero le dijo al profesor que «el fill d'aquell señor sabia força de lletra». Así que, sin el profesor saber quién era el hijo de aquel señor, le encomendó que le ayudara en los apuntes y los materiales para realizar sus clases. Resultó que Vilanova iba a ser alumno de aquella asignatura y «paradògicament li està fent els apunts que ens donarà l'any vinent», a lo cual añade Luján, contundente: «no crec que l'estúpido del Gómez del Campillo², que es el nostre desagradabilíssim rector sigui innocent en aquest nomenament tan arbitrari». Es más, añade que ni con Ángel Valbuena, Guillermo Díaz-Plaja y Manuel Montoliu³ juntos, de los pocos que excluye de sus reproches, el cuadro de profesorado de la sección de literatura quedaría cubierto. Sirva esta anécdota para comprobar el páramo de la Universidad y el contexto académico que rodeó a las primeras generaciones estudiantiles durante, al menos, la primera década de franquismo. Esta es una cuestión que ya han abordado numerosos e interesantes estudios, como el de Jaume Claret, *El atroz desmoche, la destrucción de la Universidad española en el franquismo* (1936-1945) (Claret: 2006) y la sugestiva biografía de Xavier Zubiri, de Jordi Corominas y Joan Albert Vicens (Corominas: 2005), en la que se da una pormenorizada muestra de la depuración a la que fue sometido el discípulo de Ortega para poder ejercer en la universidad. También volúmenes de memorias de antiguos alumnos que recordaban la

² Francisco Gómez del Campillo fue Rector de la Universidad de Barcelona de 1941 a 1945.

³ Los tres, Ángel Valbuena, Manuel Montoliu y Guillermo Díaz-Plaja, eran por aquel entonces profesores de Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona, bien considerados, además, por parte del círculo de los alumnos más aventajados. Vale la pena explicar que aunque vemos que en el curso 1941-42 Luján los excluye del deplorable panorama del profesorado, unos años después, en 1944, cuando escribirá para la revista del S.E.U. *Estilo* (nº1, Año 1, julio de 1944) comprobaremos que en la controvertida sección «El vaso de ricino», anónima, aunque atribuida a Luján, el primer invitado de honor para beber de este brebaje como símbolo de castigo sería precisamente Díaz-Plaja, por la arrogancia y la altanería que había manifestado en un artículo publicado en la *Estafeta Literaria*..

lamentable situación, como es el caso de Carles Sentís, en *Memòries d'un espectador* (2006), además de los ya mencionados de Joan Perucho y de Néstor Luján, entre otros. Todos ellos aportan un testimonio histórico-científico decisivo para poder reconstruir la decadente realidad universitaria de principios de los años 40. A pesar de ello, según aseguraba el profesor Adolfo Sotelo Vázquez en su semblanza dedicada a Antonio Vilanova tras su fallecimiento, este reducido círculo de estudiantes que centran el presente artículo logró dar la vuelta a ese contexto sacando, en la medida de lo posible, la máxima rentabilidad de su paso por la Universidad completando sus estudios en tertulias y debates fuera de las aulas y acercándose a los profesores más brillantes. Vilanova, por ejemplo, se convertiría en discípulo de Martín de Riquer en su tercer año de licenciatura y acabaría obteniendo el premio extraordinario de su promoción. De esta manera, esos años acabaron resultando, paradójicamente, fecundos y germinales para su posterior trayectoria (Sotelo: 2009).

Las menciones que hallamos en el *Diario* de Néstor Luján a la cuestión de la Universidad son constantes y su valor fundamental reside precisamente en que, a diferencia de los estudios mencionados anteriormente, nos hallamos ahora ante un documento que no se escribe a posteriori, sino al tiempo que suceden, *in illo tempore e in situ*, de manera que las impresiones son directas y sin que los filtros de la memoria adulteren los acontecimientos. Las alusiones a la figura del entonces Rector y a sus políticas son, en consecuencia, también una constante. La primera de ellas corresponde al 7 de noviembre de 1941: «El Rector es un fanàtic de l'Imperi: "todos los imperios han sido una caricatura del imperio español", diu». Y un poco más tarde, el 11 de diciembre, anota que «el rectorat ha donat l'ordre que quan es cridi «servidor» quan es passí llista i al final es donin els crits acostumats.⁴ [...] La massa de la Universitat es manté inservible, indiferent. Ja no busquen ni integrar. Aquesta idea mesquina –producte de l'ambient, és clar- de contestar servilment ha sortit d'un ésser que aquí anomenen Bonet, que s'asseu a la càtedra de Dret Civil. [...] Aquestes bestieses són obra dels catedràtics en contuberni fastigós amb l'estúpíd del rector Gómez del Campillo».⁵

⁴ Se refiere al grito de «¡Arriba España!»

⁵ Francisco Gómez del Campillo fue rector de la Universidad de Barcelona entre 1941 y 1945, por tanto, a lo largo de toda la trayectoria académica de Luján y de Vilanova.

Asimismo, las referencias a la vida universitaria y a sus correspondientes carencias no solo las encontramos en su primer *Diario* de 1941; pasados más de cincuenta años, en 1994, abren el primer párrafo de *El túnel dels anys 40*, para contrastar –tal como lo haría Carles Sentís más tarde en sus *Memòries d'un espectador* (2006)⁶–, el cambio notable que había experimentado la Universidad desde la época de la posguerra, cuando él era estudiante, a los años de la democracia:

Era el gener de 1940 i jo seguia el primer curs de Filosofia i Lletres a la universitat. La nostra facultat s'havia quedat gairebé sense professors com a conseqüència de la guerra. Els alumnes no passàvem d'una trentena, que és una xifra molt difícil d'imaginar avui dia amb les facultats curulles de milers d'alumnes. La vida cultural de la ciutat era defallida, gairebé inexistent (Luján: 1994: 15)

Fueron, en definitiva, estas deficiencias en su aprendizaje universitario, sumadas al hambre de una juventud ilusionada y con ganas de ampliar conocimientos, la razón por la que empezaron a crearse afinidades y vínculos ideológicos e intelectuales entre algunos compañeros de curso. Pronto y de manera espontánea empezaron a frecuentarse en reuniones y tertulias de café extramuros de la Universidad, especialmente en la cafetería Guinea,⁷ para compartir puntos de vista, lecturas y proyectos. El motivo de estos encuentros era claro, además de lógico: suplir las deficiencias de los temarios e intentar estar al día de los acontecimientos literarios europeos y de los escritores en el exilio sorteando las censuras y las prohibiciones. El trasvase de información y de noticias entre compañeros en relación con lo literario era crucial; se trataba a la postre de mantener vivos los estímulos y de alimentar las necesidades y las expectativas intelectuales, conscientes de que, al tiempo, estaban configurando una legítima continuidad con lo

⁶ Sentís era mayor que Antonio Vilanova y Néstor Luján. Nace en 1911, por lo que su paso por la Universidad lo debemos situar en los años 30. Cursó la licenciatura de Derecho, pero su carrera profesional se encaminó hacia el periodismo, primero en *La Publicitat*, *L'Instant*, *La Ven de Catalunya*, y en el semanario *Mirador*. Posteriormente, ya en los años 40, colaboró en *ABC* y *La Vanguardia* como corresponsal de guerra.

⁷ Joan Perucho recordaba en *Els jardins de la malenconia*, uno de sus libros de memorias, que «teniem una tertúlia, a la nit, en el bar Guinea, situat a la Diagonal cantonada amb Claris. Allà discutiem projectes, intercanviàvem notícies i xerràvem indiscriminadament» (Perucho: 1992 : 85)

anterior, con todo lo que se pretendía ahora que quedara enterrado en el olvido, porque «la cultura general de la Universitat fa pena».⁸

Carles Sentís dedica un capítulo entero de sus *Memòries d'un espectador* (2006) a contrastar los logros que pudieron alcanzar los universitarios de la época republicana, fruto de haber recibido una formación sólida y europeísta en la mayoría de las disciplinas, con los escollos que tuvieron que vencer los de la generación posterior, con una formación universitaria y enfrentándose después a la represión de la etapa franquista. Sentís recuerda en «Periodisme: primeres passes», primer capítulo del volumen, que en tiempos republicanos las aulas recuperan el catalán como lengua dominante entre los estudiantes de las distintas facultades, pues el castellano iba asociado al sentimiento monárquico y éste, al anticatalanismo. Aun así, admite que «hi regnava una gran convivència» (Sentís: 2006: 56), a pesar de que entre el alumnado –añade– la politización en las aulas era casi una obligación moral. Como contraste a la comparación de Sentís, podemos tomar prestadas las reflexiones del profesor Xavier Zubiri tras reincorporarse a la Universidad española⁹ después someterse a una intensa y dura depuración y tras superar infinidad de reuniones e interrogatorios que permiten dar fe de esta reconversión que había experimentado la Universidad –en este caso, la de Barcelona–: Zubiri encuentra en Barcelona «una facultad de Filosofía que nada tiene que ver con la suya de Madrid y poco con la Universitat Autònoma de Barcelona, los dos centros de avanzadilla durante el periodo republicano» (Corominas: 2005: 457). Algunos de sus mejores profesores se habían exiliado a México, como el catedrático de Historia de la Filosofía Jaume Serra Húnter, entre otras personalidades fundamentales en la experiencia universitaria republicana. Y lo mismo había ocurrido en la Universidad Central de Madrid, cuyo decano, Eloy Bullón, elaboró un programa de estudios para «españolizar la cultura nacional», amparándose en las ideas de Menéndez Pelayo como maestro y ejemplo a seguir y tomando como modelo histórico el Siglo de Oro, que convirtió la cultura española en referencia europea. El panorama, pues, resultaba frustrante y asfixiante para cualquier intelectual que no simpatizara con los radicalismos, cada vez más pronunciados, de los nuevos nombres que dirigían la enseñanza

⁸ Luján, Néstor, *Diario* de 1941, 5 de octubre.

⁹ Zubiri se ve forzado a ocupar una cátedra vacante en la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona en el curso de 1940.

superior. A Zubiri, como profesor universitario, no le convencían los planteamientos del régimen de Franco en el dominio universitario, pues su concepción de la Universidad como ámbito para la investigación libre, crítica y abierta se encuentra a años luz de todo tradicionalismo.

Es importante tener en cuenta la noción de vida universitaria vinculada a la política a la que se refería Sentís como característica propia del ambiente universitario republicano, porque nos permite dar una explicación a la actitud que posteriormente adoptará este grupo durante el trascurso del posterior franquismo, puesto que, tras la transición del conflicto bélico, ellos siguen manteniendo viva la idiosincrasia propia de lo anterior. Dicho de otra manera: a pesar de los estrictos controles que se ejercían en las mismas aulas o en cualquier tipo de publicación, este grupo, junto con otros circuitos universitarios paralelos del mismo talante intelectual, conseguirá mantener despierto el espíritu crítico y el horizonte intelectual de la preguerra en los inicios de sus respectivas carreras como críticos, escritores y articulistas, respectivamente. En el caso de Antonio Vilanova, de Néstor Luján y de Joan Perucho lo harían sorteando la censura y las medidas represivas con inteligencia, con astucia, con sutileza y con un agudo ingenio –sus únicas armas- a través de los artículos que escribirán en las revistas universitarias pertenecientes al S.E.U., *Alerta y Estilo*, y en el caso de Antonio Vilanova, también en la efímera *Quadrante* –en este caso, desvinculada del sindicato-, dirigida por Juan Pablo García Borrón y Manuel Sacristán. En definitiva, se servirán de aquello que mejor se les daba hacer: escribir con el mayor rigor posible sobre lo que sabían.

3. EL GRUPO DEL GUINEA, LA ALTERNATIVA A LA UNIVERSIDAD Y LA FUENTE DE LOS PRIMEROS PROYECTOS DE CREACIÓN

En la Universidad forman un pequeño grupo autodenominado «grupo del Guinea». Estaba integrado por unos cuantos universitarios inquietos y amantes de la literatura y se iría afianzando alrededor de dos puntos estratégicos, siempre más allá de la Universidad: el punto de encuentro principal fueron los cafés que se ubicaban por los alrededores del edificio histórico de la Gran Vía, pero también tendría una importancia fundamental para la cohesión del grupo el pequeño domicilio en el que vivía su miembro de más edad, el escritor Josep Palau i Fabre, impulsor de la revista *Poesia* y de ediciones La Sirena, en 1944. En este piso tienen lugar una serie de reuniones clandestinas que ellos mismos bautizaron

con el nombre de «Els Amics de la poesia», una pequeña asamblea que gestará los primeros proyectos poéticos de los del Guinea, caracterizados por su cariz vanguardista y rupturista en el uso del lenguaje, en el estilo y en la voluntad de rebelarse ante los convencionalismos literarios más arraigados. A raíz de estas reuniones, por ejemplo, Luján publica su primer poemario, *El alba me traía una hoguera. Poemas de amor*, (1943), precisamente en ediciones La Sirena –sería el segundo volumen que publicaba la editorial, pues el primero fue *L'Aprenent de poeta* (1943)¹⁰, de Palau-, un gesto que mostraba la estrecha relación que siempre existió entre Luján y Palau i Fabre. El poemario, publicado con una tirada de 25 ejemplares dirigidos al entorno más cercano, estaba compuesto por cinco poemas sin la presencia de ningún signo de puntuación y convertía a su autor en el primero del grupo que lograba ver sus creaciones poéticas más tempranas materializadas en formato libro.

Un año más tarde nacerá el volumen 9, que resultaría la muestra más evidente de su consolidación como grupo. Del 9 solo se editan 50 ejemplares, que en ningún caso buscan la distribución y la venta, sino que representaban un ejercicio intelectual para perfilarse como grupo. Su estructura se compone de una serie de textos breves, todos ellos escritos por Néstor Luján, en clave de humor y a medio camino entre la prosa y la lírica, con la finalidad de definir el carácter de cada uno de los miembros que formaban parte del proyecto: en estas caracterizaciones se encuentran Joan Perucho, Manuel Valls, Carlos Fisas, Josep Riera i Clavillé, Ventura Torres Muntán, José María Martín Gassó, Antonio Vilanova y Francisco José Mayans, que es quien escribe la que se dedica a Néstor. En suma, un total de nueve semblanzas que dan razón al título de la obra y que nos permiten identificar al núcleo duro del Guinea. Cada texto va perfilando con simpático sarcasmo los rasgos distintivos del temperamento de cada uno y se acompañan con las caricaturas de José María de Martín, que ilustra cada semblanza.

¹⁰ Hay que precisar que según indica Ramón Sardo en «Josep Palau i Fabre: de l'aprenent de poeta a l'alquimista» (1996), a pesar de que en las portadas de los poemarios de Palau y de Luján, publicados por La Sirena, se indique como fecha de publicación el año 1943, fueron publicados en 1944, fecha de creación de la editorial. Según afirma, Palau i Fabre explicó en el volumen *Càncer* (1946) que publicar dichos poemarios con fecha falsa se debió a una estrategia que llevaron a cabo por razones de seguridad. Indistintamente, en este artículo nos vemos en la obligación de indicar, por el momento, la fecha de publicación que aparece en la edición.

El 9 se abre con «El zaguán», una composición en verso y anónima que adopta el papel de prólogo y que, al parecer, compuso Joan Perucho, según recordaba él mismo en la entrevista que mantuvo a principios del presente siglo con Dolores Manjón y que permitió después la publicación de «Un silencio olvidado: la poesía de Juan Perucho», donde el escritor confirmaba que

La introducción en verso «El Zaguán» la escribí yo.¹¹ [...] Eran tiempos felices, no sabíamos a dónde iríamos a parar, pero eso nos estimulaba» [...]. «El zaguán» es el texto más largo del libro y se introduce con una cita de *La Vanguardia* que reza, manteniendo la línea sarcástica que ocupará todo el volumen, la siguiente frase: «muchos herniados arrinconan su braguero» (Manjón: 2004-2005: 285).

Se trata, en efecto, de un poema-prólogo que se construye a partir de estrofas de tres versos con rima libre, de estilo vanguardista, encriptado, rupturista e innovador, hecho que se convierte en toda una reivindicación literaria si lo contextualizamos con el canon lírico que se estilaba en España a principios de los años cuarenta. El estilo que reivindicaba el grupo de «Els amics de la poesia» se nutría de las estéticas de la Vanguardia europea y de preguerra, una literatura que permitiera una conexión fluida con la experimentación de la literatura europea que estaba teniendo lugar más allá de las cerradas fronteras españolas, o al menos, que contribuyera en la continuidad del legado literario iniciado por algunos de nuestros poetas de principios de siglo. Con esta intención, este poema-prólogo de Perucho, utilizaba una terminología atrevida y muy poco convencional, que debe entenderse como una declaración de intenciones y una voluntad firme de este «grupo generacional» por renovar el desolador panorama de la literatura de posguerra. Sirvan como ejemplo los últimos versos que cierran «El Zaguán», donde se concentra gran parte de la carga conceptual del poema: «la suerte estaba echada. Volvimos a la estrella, / al paraguas, al

¹¹ Joan Perucho insertó «El Zaguán» posteriormente en un poemario suyo titulado *Un silencio olvidado* (Perucho: 1995) que, a pesar de estar compuesto entre 1943 –año de gestación de el 9– y 1947 tardaría todavía muchos años en publicarse. No fue hasta 1992 cuando su autor lo rescató de entre sus archivos traspapelado y polvoriento, y el editor Jaume Vallcorba decidió sacarlo a la luz en 1995. Se editó, además, con un Prólogo del amigo de adolescencia y también componente del círculo Guinea, Manuel Valls.

libro. Jamás lo olvidaremos. El domingo es un día con un frutero ancho».

A día de hoy, podemos considerar el 9 como una pequeña reliquia literaria cuyo valor no reside tanto en la calidad lírica de las semblanzas que contiene como en aquello que representa: la primera obra literaria de creación publicada por un grupo generacional tan significativo como históricamente arrinconado, que resultó crucial para recomponer el panorama intelectual y cultural de la segunda mitad del s.XX. Así lo definía cincuenta y tres años después de la publicación del libro uno de sus componentes, Antonio Vilanova, en la dedicatoria que dejó escrita en uno de los pocos ejemplares que a día de hoy se conservan de esta breve serie: «Para Adolfo Sotelo, esta inhallable rareza bibliográfica, primer testimonio impreso de nuestro grupo generacional. Con mucho afecto de su amigo, Antonio Vilanova».¹²

Efectivamente, como sostiene uno de sus miembros ilustres, el 9 es la confirmación explícita de la existencia de un «grupo generacional», además de universitario y además de amigo. El grupo del Guinea, por tanto, así como otros círculos paralelos también barceloneses, como el posterior grupo *Laye* de Josep Maria Castellet, resultan ser un lazo más o menos directo entre las inquietudes culturales e intelectuales del liberalismo republicano y el periodo de la dictadura en el que viven. Es decir, son quienes asumen conscientemente la responsabilidad de una cierta tradición intelectual y literaria, sustentada –al menos, para los del Guinea– básicamente alrededor de Ortega. Así, se convierten en los portadores del testigo de aquellos vestigios que quedaron tras las labores de «depuración» llevadas a cabo por el régimen para tratar de eliminar la cultura republicana que pudiera permanecer en el país, entre los que la Universidad representaba uno de los focos principales de atención. Pero no hay que olvidar que los trabajos que desempeñaron estos jóvenes, que ahora ya alcanzaban los 20 años, no hubieran sido posibles sin la labor inestimable de muchos maestros o mentores directos que asumieron el papel de enseñar y dirigir sus aprendizajes. Algunos de estos referentes han recibido a posteriori la ambigua etiqueta de «falangismo intelectual»,¹³ puesto que fueron los que capitanearon una

¹² Se trata del ejemplar que el profesor Antonio Vilanova dedicó a su discípulo, Adolfo Sotelo Vázquez, el 5 de enero de 1997.

¹³ Ciertamente, el término «falangismo intelectual» es ambiguo. Sobre este debatido aspecto, tratan los estudios de Capella (2005), Ferrary (1993), Mainer (2013), Julià (2004), Saz (2003) y Thomas (2011) recogidos en la bibliografía.

cierta resistencia combativa y discrepante con las políticas sociales y culturales del Régimen a través de revistas o bien desde algunos puestos privilegiados de la Universidad española. Fueron ellos quienes de un modo u otro guiaron y encaminaron las trayectorias de toda una hornada de jóvenes promesas. De no ser por su firme convicción intelectual y por su posibilismo a la hora de enfrentarse a los núcleos de poder, las constantes de la cultura del país no hubieran sobrevivido, aunque fuera bajo mínimos, a la penuria que en tantos sentidos atravesaba la sociedad española de la posguerra. Podemos decir, pues, que ellos fueron de alguna forma los sucedáneos, los maestros directos –por encontrarse *in situ*– de los maestros exiliados, los sustitutos de las lecturas censuradas, del periodismo de calidad y del viejo ejercicio de la crítica cultural, ahora tan escasa, a la vez que actúan como escudo protector de los futuros escritores, profesores e intelectuales, por entonces todavía universitarios.

4. LAS REVISTAS UNIVERSITARIAS DEL S.E.U., PRIMERAS PUBLICACIONES COMO CRÍTICOS: *ALERTA, QVADRANTE Y ESTILO*

En la prensa universitaria barcelonesa de los años 40 identificamos los primeros brotes de un sector disidente hacia las políticas que el franquismo estaba asentando: se trataba, no obstante, de discrepancias que procedían «desde dentro», desde los mismos vencedores, razón por la que, en una primera instancia, dichas discrepancias y disconformidades se recibieran con cierta permisividad o con un encaje incómodo, pero permisible. Se trataba de publicaciones vinculadas al Sindicato Español de Universidades (S.E.U) y lideradas por una serie de intelectuales afines a la causa franquista, pero en su mayoría vinculadas a la vertiente ideológica de Falange Española y del nacional-sindicalismo.

Según el criterio de parte de estas élites intelectuales del momento, el nuevo Estado que se estaba configurando tras la guerra estaba tomando un rumbo errático. España olía a cerrazón y a fanatismo desmedido, el apolillamiento y la falta de luces era alarmante. A ello se sumaba, como ya se ha mencionado anteriormente, que la Universidad se estaba quedando fosilizada y, en consecuencia, el nivel cultural y educativo del país iba en retroceso. Esta alarmante situación no era fruto de una comprensible y transitoria descomposición fruto de una Guerra Civil, sino que precisamente respondía a la recomposición posterior que estaba llevando a cabo el nuevo gobierno, que sentaba las bases de la

nueva sociedad. Efectivamente, en esta construcción había una voluntad firme y un orden de prioridades que no se detenía en la cultura, pero tampoco en unas políticas sociales dignas al entender del sector intelectual más afín al falangismo joseantoniano. En el sentido cultural y educativo, el régimen de Franco se afana para que sus políticas educativas promuevan el olvido del sistema republicano, de sus antiguos temarios y de sus métodos, «la universidad regresa al tomismo y al pensamiento de Menéndez Pelayo como medio de recobrar las glorias del s. XVI» (Ramos: 2009: 24).¹⁴ Por todo ello, por deber, por convicción y por la conciencia de lo que debía ser España, algunos intelectuales y activistas políticos de fondo erudito no podían tolerar aquella situación que avocaba el país al desastre.

Ante la advertencia de que a medida que se implantaban las nuevas políticas culturales España se sumía en una alarmante y evidente pobreza educativa, algunos de los nombres más relevantes del sector universitario e intelectual más aperturista de falange deciden tomar cartas en el asunto y emprender desde sus respectivos puestos de poder académico la labor de redirigir la cultura en la medida de lo posible, o al menos, tratar de reencauzar mínimamente la cultura y la docencia universitaria con tal de oxigenarla. Entre quienes adoptan un papel activo en esta disposición, cabe destacar a Dionisio Ridruejo, que fue colaborador habitual de la revista *Alerta* –me referiré a ella más adelante-, Guillermo Díaz-Plaja, Antonio Tovar o Pedro Laín, entre otros. Con este fin, cada uno en su zona de dominio, con una fluida comunicación entre ellos e incluso con varios proyectos en común,¹⁵ tratarán de mantener las instituciones culturales y universitarias lo más al margen posible de las políticas del régimen.

En el ámbito barcelonés, y sobre todo, en el contexto cercano a las revistas universitarias en las que colaboran los estudiantes del Guineá –fundamentalmente, *Alerta* y *Estilo*–, hay que mencionar especialmente la labor de Josep Espriu, hermano del escritor, quien dirigiría la revista

¹⁴ Sobre esta cuestión, *Cf.* Montoro Romero: 1981.

¹⁵ Pedro Laín, que sería rector de la Universidad Complutense de Madrid entre 1952 y 1956, y Antonio Tovar, que lo sería de la Universidad de Salamanca entre 1951 y 1956, fundan ya en 1941 la revista *Escorial*, que encarnaría, gracias «a su progenie orteguiana» (Mainer, 2013: 161), el espíritu más «liberal» del Fet y de las Jons con la finalidad de «recuperar lo recuperable» –así lo definieron– del mundo intelectual anterior a la Guerra. Por otra parte, Santos Julià, en *Historia de las dos Españas* sostiene que «*Escorial* nunca fue liberal» (Julià, 2004: 351)

Alerta desde marzo de 1942, y por tanto, el principal responsable tanto de su línea editorial como de los redactores a quienes acoge como colaboradores asiduos de la revista. Espriu, médico de cabecera de profesión, se mostró siempre abiertamente reivindicativo en sus textos, a menudo utilizando seudónimos que años después se le han atribuido. Uno de los ejemplos más claros y que más repercusión tuvo, a modo de ejemplo, lo encontramos en el quinto número de *Alerta*, correspondiente al 14 de diciembre de 1942, que llevaba en portada un demoledor artículo contra Eugeni d'Ors -«Eugeni d'Ors y la bella Dorita»-, quien había protagonizado una insólita conversión al Falangismo. El autor de dicho artículo utiliza el seudónimo de «Eugenio López Lafuente», «que segons Fernando Valls, correspon a Josep Espriu. Però l'article hauria pogut ser escrit també per Néstor Luján» (Pons: 2004: 68).¹⁶ Sea como fuere, esta muestra, como tantas otras que nos vamos encontrando durante la trayectoria de la revista, confirman la permisividad de Espriu ante este tipo de textos tan controvertidos.

La vida la revista *Alerta*, «també vinculada al sindicat oficial, i on hi e havien col·laborat Néstor Luján i el futur professor Antoni Vilanova» (Manent, 2008: 108), consta de 16 números en total, que se reparten en tres etapas distintas, separadas entre sí por dos cierres forzados de la redacción, que aunque serían temporales, muestran de forma clara el nivel de disidencia que adoptó esta publicación, aunque, ciertamente, sus lectores «no arribaven més enllà dels que hi escrivien i d'alguns estudiants (Manent, 2008: 108). La primera de las etapas de *Alerta* comprende siete números, de marzo de 1942 a octubre de 1942.¹⁷ La segunda etapa solamente constará de tres números, todos ellos concentrados en el año 1943: el primero, corresponde al 29 mayo de 1943, de manera que desde el cierre del primer periodo a la apertura del segundo pasaron siete meses; el segundo número de esta segunda etapa se publica el 12 junio de 1943 y el tercero y último, al 26 de junio de 1943. La última, la compondrán seis números más que se concentran de noviembre de 1943 a diciembre del mismo año, es decir, seis números en poco más de un mes. Este último periodo alberga una mayor

¹⁶ Eugenio López Lafuente era uno de los seudónimos que utilizaba a menudo Josep Espriu. D'Ors será blanco de muchas publicaciones; ya se le había dedicado anteriormente el artículo «D'Ors en el reino del gazapo», firmado por Cándido Catalá, otro de los seudónimos empleados por Espriu.

¹⁷ Antonio Vilanova y Néstor Luján no publican en *Alerta* hasta el tercer número de la primera etapa, que corresponde al 15 de agosto de 1942.

concentración de publicaciones en un fragmento temporal tan reducido porque *Alerta* pasa de ser una revista quincenal a ser una revista semanal. Los números de este último periodo son los siguientes: el primero, se publica el 16 noviembre de 1943; el segundo, el 23 de noviembre de 1943; el tercero, el 30 noviembre de 1943; el cuarto, el 7 diciembre de 1943; el quinto, el 4 diciembre de 1943; y, por último, el sexto, el 21 diciembre de 1943, que supondrá el cierre definitivo de la revista. Transcurren, pues, cinco meses desde el final de la segunda etapa, que había terminado en junio de 1943. Durante el tiempo transcurrido se han generado algunos cambios; por ejemplo, se puede observar que debajo de las letras del título en el primer número de la tercera y última etapa, se ha añadido el significativo subtítulo «Semanao de combate», lo que nos ofrece una ligera idea de que el tono reivindicativo va en línea ascendente, hecho que se explica a raíz de las interrupciones continuadas de la redacción, así como de las presiones, amenazas y asaltos que sufrirá hasta su clausura definitiva.

Josep Espriu, como también Néstor Luján, tras el cierre definitivo de *Alerta*, fue acogido por la prestigiosa revista *Destino* de Josep Vergés, donde el exdirector escribiría, al menos al principio, con el nombre de Cianófilo.¹⁸ Antonio Vilanova, por su parte, aún tardaría unos cuantos años en incorporarse al semanario —no lo haría hasta entrado 1950—. Mientras, cumple con el servicio militar y sigue formándose en sus lecturas: publica algunos trabajos y artículos en otras revistas —*Quadrante* y *Estilo*— que siguen la estela de *Alerta* y dedica gran parte de su tiempo a estudiar el *Polifemo* de Góngora para elaborar su tesis doctoral, *Las fuentes y los temas del Polifemo de Góngora*, dirigida por Dámaso Alonso, que leerá en la Universidad Madrid el 14 de septiembre de 1951 obteniendo todos los galardones: el Premio Extraordinario de Doctorado y el Premio Menéndez Pelayo del CSIC. Su carrera académica despegaba prometedoramente.

Más allá del papel de Josep Espriu, en la trayectoria de nuestros jóvenes críticos van apareciendo otros nombres que también asumen un rol relevante entre los círculos intelectuales vinculados a este tipo de publicaciones universitarias reivindicativas, como Manuel Sacristán o Juan Carlos García-Borrón, quienes al frente de otras revistas, también de fuerte calado falangista, permiten que las críticas literarias de Antonio

¹⁸ Así lo recordaba Néstor Luján: «Josep Espriu, metge de capçalera, divulgador de la medicina, va fer famós el seu pseudònim de Cianófilo a *Destino*» (Luján: 1995: 23)

Vilanova –recordemos que Luján ya trabaja en *Destino*– sigan publicándose, de manera que permiten ir allandando su andadura académica a la vez que ofrecen una plataforma para que sus aprendizajes y sus opiniones literarias tengan una repercusión. De García-Borrón, el filósofo y ensayista Francisco Fernández Buey afirmaba que

representaba a toda una meritoria generación de catedráticos de instituto que nos enseñaron a los más jóvenes amar a los filósofos y el filosofar en los tiempos oscuros de la dictadura franquista y en los nada claros tiempos que siguieron. Se ha dicho muchas veces que en aquellos años España era un erial cultural. Pero conviene recordar que en aquel erial hubo personas que ya desde los institutos nacionales de enseñanza media supieron comunicar a los más jóvenes el rigor, el espíritu crítico, la pasión por las ideas y por eso que los clásicos llamaban «verdad» (Fernández Buey: 2003: 49)

También Sacristán, «un joven del S.E.U., joseantoniano y orteguiano, inquieto y renovador, de sólida formación, que no tardaría en convertirse en uno de los principales teóricos del renaciente marxismo español» (Saz, 2003: 402) es un buen ejemplo de ello. Según Joan Ramon Capella, biógrafo del filósofo, «en la edad madura consideraba su adolescencia azul como un momento de su vida personal pesadamente condicionado por la historia. Entrar en la órbita de Falange fue cosa del destino; salir de ella, cuestión de consciencia» (Capella: 2005). Sacristán estaba convencido de que su generación, la nacida entre el 20 y el 36, era heredera espiritual directa de esos grandes maestros, pero no gozan del mismo contexto. Así lo dejaba escrito en un formidable artículo publicado precisamente en *Quadrante* que llevaba por título «Ya no existen las fuentecitas de Nuremberga» en una explícita alusión a Ortega: «la torre de marfil –escribe– ha quedado arrasada por la crisis política, y ante ella, esta generación». Este artículo es uno de los ejemplos de su postura abiertamente discrepante hacia el sistema vigente. También María Francisca Fernández Cáceres alude a esta deriva de Sacristán en su magnífico ensayo «Orígenes de una disidencia. Manuel Sacristán en las revistas *Estilo* y *Quadrante*» (Fernández Cáceres: 2013), de obligada lectura para comprender no solo la biografía de este intelectual, sino el contexto, los intereses y los movimientos de fondo de esta generación.

Vale la pena incluir alguna referencia acerca de lo que Antonio Vilanova aborda en su última colaboración para *Alerta*, puesto que en un alarde de justicia literaria reivindica la figura de Antonio Machado,

porque «a mi entender, no se ha subrayado bastante el valor de Machado como poeta popular». Con este fin, el crítico aprovecha para elogiar el marco del modernismo que envolvía la lírica española de principios de siglo, de cuyo marco, Juan Ramón Jiménez, Miguel de Unamuno y el escritor sevillano son, según él, los tres poetas por excelencia, «quienes han creado un lirismo puramente personal, en que no cabe influjo extraño, y que no guarda la relación más remota con el estilo de Rubén», escribe. De entre ellos tres, Juan Ramón es, a su juicio, el más trascendente, «no solo porque apura la línea más afinada del modernismo, sino porque lleva a cabo una sutil adaptación del intimismo de los mejores poetas contemporáneos; Rilke o Francis Jammes». De Machado afirma que es el poeta tipo del movimiento de la generación que encarna el lirismo tradicional castellano y la modernidad a la vez; el que ve nacer y morir todas las tendencias a su alrededor —ultraísmo, poesía pura, popularismo, intimismo, etc.—, sin cambiar la actitud y sin dejar de buscar en silencio la belleza. Para Vilanova, Machado siempre anduvo buscando la verdad poética y la razón de su arte, como Falla o como Velázquez; una verdad que encontró en Castilla y se refleja en sus *Campos de Castilla*. Pero el poeta no se ancla, no se conforma, sino que desde entonces sigue siendo continua evolución, continua búsqueda y continua cartografía lírica y espiritual de España, donde norte y sur se compensan y se equilibran —«los Nortes de cada continente se equilibran con los Sures excesivos», como afirmaba Juan Ramón— y donde popularismo y aristocratismo se fusionan de la forma más lograda y armónica. Vilanova acaba su columna sentenciando con firmeza que «su capacidad para recrear lo popular, le convierte, como Lope y Góngora, en uno de los grandes poetas de España, y una muestra de su genio lírico, es que apenas ha sido superado por el neopopularismo de las escuelas del sur, en el que cuentan los mejores poetas andaluces».

El contenido de *Alerta*, sobre todo en lo que atañe a cuestiones literarias y a reivindicaciones de índole sociopolítico chocaba de nuevo con los preceptos del Régimen y sus publicaciones, en lugar de atemperarse, eran cada vez más atrevidas y exaltadas. El desenlace, tarde o temprano, estaba prácticamente sentenciado, como había ocurrido anteriormente con su hermana mayor, *Alerta*. El rumbo que tomó la revista supuso desde el inicio la crónica de una muerte anunciada, puesto que, a pesar de ser una publicación de poco alcance, una minoría privilegiada estaba agitando e influyendo demasiado en el mundo universitario barcelonés, a la par que inquietaba a los jefes civiles,

militares y eclesiásticos de la dictadura, así como a los blancos de los ataques que lanzaban sus artículos.

Tras el cierre forzoso de *Alerta*, en 1944, se había producido un trasvase de articulistas y colaboradores que se sumaron al nuevo proyecto de *Estilo*. Tanto Manuel Sacristán, como Juan Carlos García-Borrón empezaron colaborando habitualmente en esta nueva revista y pronto acabarían siendo sus directores. No obstante, la vida de *Estilo*, como la de *Alerta*, tampoco estuvo exenta de cierres forzosos y presiones de todo tipo, hecho que explica, como veremos, que su trayectoria también se divida en varias etapas –cuatro, en su caso-. Es precisamente durante el periodo que transcurre entre el primer cierre, en 1946, y el inicio de la segunda etapa, cuando aparece *Qvadrante*, una revista de vida muy efímera, puesto que solamente alcanzaría cuatro números, que nace con la voluntad de alejarse del S.E.U., y que también estuvo dirigida por García-Borrón y Sacristán. El mismo García-Borrón explicaba esa transición de la siguiente manera:

Me hicieron, pues, director de aquella revista [*Estilo*]. Yo no quería ser director de una revista del SEU sencillamente porque no quería ser del SEU. Me busqué unos colaboradores que fueran amigos, es decir, que independientemente de su procedencia mantuvieran relación conmigo y con la revista. Amigos escogidos; quizá los más activos y los más constantes fueron tres que todavía suenan en actividades más o menos relacionadas con aquella, bien distintos entre sí: Manuel Sacristán, José M. Castellet y Jesús Ruiz. No compartíamos una ideología común pero éramos amigos. Sin contar con nadie, de una manera milagrosa salió el primer nuestro número. [...] Naturalmente también desapareció pronto la revista: se quedó sin subvención y fue sustituida por otra que duró sólo cuatro números. Se titulaba *Qvadrante* (Marsal: 1979: 128)

El profesor Jordi Gracia observa en el breve periodo de *Qvadrante* un giro firme y decisivo, que trata de desmarcarse todo lo posible del ideario falangista más radical y ortodoxo, para dar paso a la «solución socialista de un Estado laico y de acción solidaria preponderante» (Gracia: 1993: 47). Por ejemplo, por primera vez se trata de un modo contundente el pantanoso terreno de lo religioso y se denuncia falta de coherencia en el sector de la democracia cristiana a la hora de oponerse a cualquier tipo de violencia.

Sin embargo, no sólo el ámbito religioso es objeto de reivindicaciones y acusaciones de amoralidad: el estado de la educación se convierte de nuevo en uno de los principales caballos de batalla de las reivindicaciones de la revista. Hay que recordar al respecto que ya en la segunda etapa de *Alerta* se acudía con frecuencia a la figura de Ortega para sacar a relucir sus teorías educativas. En *Quadrante* sigue apareciendo la voz de este pensador en más de un artículo de Juan Carlos García-Borrón y de Manuel Sacristán, sus directores. Del mismo modo, en el nº8 de la primera etapa de *Estilo* se publica el provocador artículo «Ocho interpretaciones universitarias», construido a base de fragmentos sobre la enseñanza superior universitaria extraídos de obras por entonces censuradas de Valle-Inclán, Baroja, Unamuno, Azorín, Miró y Ganivet, por quien García-Borrón tenía especial devoción. Desde la revista se reivindicaba firmemente el concepto educativo de los noventayochistas para denunciar las carencias que sufrían los ciudadanos españoles en ese ámbito, ante el acuciado contraste entre la abundancia y la riqueza de ideas en cuestiones de educación y de transmisión de la cultura en el contexto previo al 36 y la carencia y la pobreza que, en estos y en otros aspectos, había quedado posteriormente.

Estilo fue sin duda la revista más longeva de las que se abordan en este artículo. Se estructura en cuatro periodos: el primero, de 1944 a 1946¹⁹; el segundo, de 1948 a 1949; el tercero, de 1953 a 1955²⁰ y el cuarto, de 1957 a 1959. El primer número de *Estilo* aparece gracias al jefe del distrito vigente, Eugenio Montes Martín²¹, y como bien indicaba Carme Riera en su estudio *La escuela de Barcelona*, venía «a llenar un vacío entre las publicaciones del S.E.U, con la pretensión de saldar una deuda con los suscriptores de la desaparecida *Alerta*» (Riera: 1988: 123). En efecto, *Estilo* nace como firme heredera de *Alerta* tras su cierre forzado en 1944. Además de compartir el mismo ideario político falangista y de mantener el tono beligerante y combativo que ya definía a su predecesora, se produce un importante transvase de colaboradores: los miembros del Guineá Manuel Valls, Antonio Vilanova y Joan Perucho

¹⁹ Es precisamente en 1946, tras esta primera etapa, cuando nace *Quadrante*.

²⁰ Según algunos estudios publicados sobre la revista *Estilo*, el tercer periodo terminaría en 1954, pero no es así: hemos podido localizar tres ejemplares de *Estilo* correspondientes a marzo, octubre y noviembre de 1955, hecho que extiende la vida que se daba en un principio a este tercer periodo.

²¹ Eugenio Montes Martín era el jefe provincial del Frente de Juventudes y sería el futuro director del boletín *Laye* a partir de 1950

colaborarán en su redacción desde el nº8 de la revista, junto a Luys Santamarina, José Gich, Alfonso Sedeño, González Castillo y Luis de Caralt, junto con los ya mencionados Juan Carlos García-Borrón y Manuel Sacristán, quien a veces firma como «Mauri», «Enrique Luzón» o «E.L.». Todos tenían claro el trazo a seguir: la continuidad ideológica marcada por *Alerta*, que se fundamenta en la exaltación de los valores sembrados por José Antonio y en intentar reivindicarlos y recuperarlos. Se mantienen, por tanto, las «manifestaciones de indocilidad de Falange frente a quienes confían en domesticarla» (Gracia: 1993: 53) y las continuas llamadas a la movilización y a la reacción del sindicato. Por tanto, *Estilo*, ya a partir de los primeros números, empieza a virar de manera un tanto más pronunciada hacia el inconformismo y la subversión ante cierta sensación de fracaso de los ideales revolucionarios, banalizados y mal aplicados por muchos de los sectores dirigentes del régimen.

Las colaboraciones de Antonio Vilanova en *Estilo* no serán tan prolíficas, puesto que en 1945 se desplaza a San Juan de Mozarrifar (Zaragoza) para realizar el servicio militar, hecho que interrumpe inevitablemente la dinámica de sus publicaciones, aunque no de su formación literaria, que seguiría ampliándose mediante una serie incesante de lecturas, que le acompañarían por las distintas zonas a las que estuvo destinado –Alicante, Graus y Huesca-. Así, Vilanova escribirá solamente cuatro artículos para *Estilo*: «Poesía 44» y «Novela 44», publicados en el nº8 de la primera etapa de la revista, un artículo dedicado a Fernando Villalón y otro dedicado a la poesía de Vicente Aleixandre, en la segunda etapa de la revista. Tanto «Poesía 44» como «Novela 44» son dos análisis críticos y minuciosos sobre el estado de estos dos géneros, novela y poesía, desde la perspectiva del año 1944. Es decir, se trata de un balance metaliterario en el que el autor demuestra unos conocimientos literarios de su época y una capacidad de reflexión más que considerable. Tanto, que en una carta que enviaría ya desde las milicias a sus padres, les explica que Vicente Gaos le había escrito diciéndole que «sé por Dámaso Alonso y por Vicente Aleixandre que era el mejor crítico joven de España» (Sotelo, 2009: 648).

El punto de partida de los dos primeros artículos en *Estilo* reside en el homenaje que la revista valenciana *Corcel*²² había dedicado a Vicente

²² Precisamente, en el Fondo de la biblioteca Antonio Vilanova de la Universidad de Barcelona se conserva su ejemplar de este número (nº4 y nº5) de la revista *Corcel*. Es el

Aleixandre a propósito de la publicación del poemario *Sombra del Paraíso* ese mismo año 1944. En «Poesía 44», Vilanova compara este homenaje a Aleixandre con el que algunos de los miembros de la generación del 27 dedicaron a Góngora con la finalidad de configurar un mapa actualizado de la lírica española y justificar así, con un riguroso análisis, el preocupante declive que vivía la poesía en los años 40 en contraste con la de pre-guerra. Denuncia abiertamente y sin ambages la tendencia vigente de la lírica a retroceder a los clásicos de una manera artificial y amanerada en sus formas; un fenómeno, presente tanto en la literatura como en el arte, que carece de emoción humana. Le resulta inexplicable que una generación dotada de una herencia poética tan rica haya virado hacia un clasicismo formal recalcitrante y, según afirma, de enorme retraso espiritual.

A partir de esta observación nos conduce, como contrapunto, a la poesía de Gerardo Diego y a su manifiesto «La vuelta a la estrofa», moderno y renovador. De ahí a Lorca y a los *Sonetos del amor oscuro*. Llegados a este punto álgido de nuestra poesía, un retorno a lo anterior ya no tiene razón de ser. Tanto Diego, como Lorca, y antes Unamuno o Machado, bebieron de un clasicismo en el que —ahora sí— maduraban la sensibilidad. Ese retorno era una opción inteligente, porque les servía de punto de partida para una apuesta poética renovada y fresca; es decir, no representaba una renuncia a los avances logrados. Pero el retorno de los poetas actuales a lo clásico, carece de emoción humana y nos da una poesía sin sangre y apocada. Después de Baudelaire, resumiendo, la tendencia al retorno clásico es una antigualla poética sin sentido.

Una de las pocas excepciones ante tal desierto literario lo encuentra en la poesía de Vicente Gaos, cuyo *Arcángel de mi noche. Sonetos apasionados* (1944) había sido galardonado recientemente con el premio Adonais de poesía. A propósito de ello, Vilanova analiza con mirada atenta las influencias literarias que convergen en la poesía de Gaos: la tradición literaria de la modernidad decadente francesa, desde Baudelaire a Rimbaud, junto a la lectura atenta de los clásicos, producen un nuevo renacer del gusto poético y de la sensibilidad en el panorama de nuestra lírica. Para el crítico, los *Sonetos* de Gaos, por primera vez después de la guerra, han venido a soslayar la tendencia anacrónica del rumbo que ha tomado la poesía, escapando de los imitadores de Garcilaso, «para crear

texto que manejamos para cotejar las reflexiones que publica en el artículo «Poesía 44» de *Estilo*.

una poesía novísima y clásica la vez, en la que la contención y el verso no ha hecho más que encauzar la pasión hiriente del poema», escribe. Por otra parte, destaca la figura de Dámaso Alonso, a quien Vilanova califica de «el más erudito de nuestros poetas» en su personal y reducidísima lista de poetas admirables de posguerra, a pesar de parecerle mejor crítico y ensayista que poeta.²³ Para él, *Los hijos de la ira* es un ambicioso intento de poesía superrealista a la manera de William Blake, con reminiscencias albertianas de *Sobre los ángeles*, según explica. Acabará con Vicente Aleixandre, quien con su *Sombra del paraíso* logra el producto de una refinada madurez artística y de poeta, además de una extremada delicadeza. «No es sólo la obra máxima de uno de nuestros mayores poetas contemporáneos, sino también la obra más trascendente y de más hondo empuje lírico que se haya publicado en España en estos últimos años». Es un poemario «traspasado de pasión, embebido del amor, vetado de sangre, y cuyo místico panteísmo se une a un sensualismo vital en un lirismo profundamente romántico», lo que convierte a Aleixandre, según su criterio, en uno de los más grandes de Occidente, y desde luego el más grande de la España del momento.

Su segundo artículo «Novela 44» sigue la misma estructura y parte del mismo punto: la publicación del citado número de la revista *Corcel*. Sin embargo, si en el panorama poético veíamos que tomaba en consideración a algunos de los poetas contemporáneos, no ocurrirá lo mismo en la cuestión novelesca. El artículo se inicia con toda contundencia: «Si se compara la producción novelesca del año que muere con la considerable floración lírica que ha perfilado el paisaje de la poesía española contemporánea, será preciso confesar que pese a todas nuestras esperanzas no ha caducado aún el periodo de decadencia de la novela». El motivo de tal afirmación no reside, como apuntaban otros críticos, en un posible agotamiento de temas después del esplendor noventayochista y tampoco a la falta de refinamiento espiritual – Vilanova ya lo indicaba como característica de la época en el artículo anterior, «Poesía 44»-. Argumenta que tal vez esa sea la explicación al hecho de que no tengamos una novela psicológica y de análisis al nivel de la francesa –como las obras de Stendhal o de Proust-, pero a pesar de esta carencia, Unamuno o Valle-Inclán, aunque por rumbos bien

²³ Dámaso Alonso sería años más tarde el director de su tesis doctoral, *Las fuentes y los temas del «Polifemo» de Góngora*, que leería en 1951 en la Universidad Complutense de Madrid.

distintos, demostraron que España puede tener una gran novela. Después de ellos, no ha surgido en el país ningún novelista con la misma talla, todo han sido intentos fallidos, por lo que el 98 no ha sido superado. Matizada la afirmación inicial, su diagnóstico acerca de la situación contemporánea de la novela tendrá que limitarse a quienes, para Vilanova, son los dos mejores narradores del momento: Ignacio Agustí y Camilo José Cela.

Cela, que había publicado *La familia de Pascual Duarte* hacía bien poco, a finales de 1942, se había erigido como uno de los mejores novelistas contemporáneos «por su nervio agrio e hiriente», escribe Vilanova. Pero «nos ha defraudado este año con dos ensayos novelescos de muy diversa contextura, en ninguno de los cuales es perceptible el genio de narrador que nos había cautivado en su primera novela». Se refiere, en primer lugar, a *Pabellón de reposo* (1943)²⁴, obra en que el autor pretende lograr transmitir el mundo psicológico de unos personajes angustiados que ven que su vida se apaga. La historia y la intención son buenas –sigue-, pero carecen de la «pasión de sangre» que bombeaba Miguel de Unamuno al escribir las suyas; Cela lo cubre todo de un lirismo «que baña sabrosamente la intimidad de los personajes». No consigue transmitir la emoción trágica y humana que requieren los personajes y que, por otro lado, es lo que el autor pretende, como explicaba él mismo en el Prólogo. Es más, la ausencia de trama argumental todavía precisa más la presencia de estas emociones. Para ejemplarizar sus argumentos, Vilanova va al encuentro de un tipo de literatura europea que le era de sobras conocida –como atestigua su *Diario*, durante estas obras le habían acompañado durante la guerra- y que por ello mismo dominaba a la perfección: las obras de Chéjov y las de Mansfield.

El segundo «ensayo novelesco» al que alude es las *Nuevas Andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* (1944), «un error tal vez más grave que el que representa *Pabellón de reposo*»; un error que hubiera podido salvarse no comparando o cotejando personajes entre el suyo propio y el clásico, sino creando uno nuevo absolutamente original y que solo tuviera del Lazarillo clásico ciertas semejanzas externas, porque así

²⁴ Vilanova se refiere a esta novela como ensayo porque lo que analiza es la idea de fondo que se quiere transmitir y no el argumento novelesco: «el intento de desenmarcación de la circunstancia, del tiempo que la constriñe y del espacio que la atenaza», como sintetizaba el mismo Cela a la hora de indicar las intenciones de la obra en el Prólogo.

hubiera podido dar una visión moderna –también, por qué no, picaresca– del personaje clásico. Es más, para Vilanova, a Cela le resultan infinitamente mejor los caracteres de los personajes heterogéneos con los que se va encontrando su Lázaro que el mismo personaje principal. No consigue llegar al punto de sátira necesario con él, porque carece de la chispa y del genio necesarios. El resultado es gris y desalentado. Carente de vida. En síntesis: Cela, como novelista, le parece un escritor de grandes capacidades, como demostró con el *Pascual*, pero en estas dos últimas obras no ha podido superar ni de lejos la línea lograda con su primera gran obra y «ha malgastado su talento en un intento forzosamente condenado al fracaso».

En cuanto a la obra de Agustí, *Mariona Rebull* significa «la nota más acusada» para cualquier lector objetivo; la mejor aportación en prosa del año, porque a pesar de su costumbrismo y de su intriga convencional, es una novela donde se armonizan con gran destreza novelística la Barcelona ochocentista con el filtro de la delicadeza decimonónica. Los personajes que se encuadran en este marco son deliberadamente vulgares y son, en su cotidianidad, de un realismo tan auténtico que solo puede emerger de las «dotes de un gran observador, que a la vez es capaz de extraer de lo vulgar una profunda calidad humana».

Cabe añadir en este punto una curiosidad muy significativa, y es que paralelamente a estos dos artículos de Vilanova en *Estilo*, Néstor Luján, en el número de *Destino* correspondiente al 20 de mayo de 1944 (Luján: 1944: 13), alude también a *Corvel* a propósito del homenaje de la revista a Vicente Aleixandre; una muestra evidente de la similitud de criterios que compartían los dos críticos a la hora de advertir los acontecimientos literarios importantes que merecen ser tratados. El ojo crítico con que abordan la cuestión es muy similar: «Vicente Aleixandre y su *Sombra del paraíso* están en el polo opuesto de la poesía que se ha ido privando estos últimos años. No está de retorno de ningún camino. No recoge ningún eco en sus hombros», escribía Luján en *Destino*. Por supuesto, también mencionará de paso, como su amigo Vilanova, a Federico García Lorca y a Juan Ramón Jiménez, además de a Albertí, a Cernuda y a Dámaso Alonso.

6. EL PASO POR LAS REVISTAS UNIVERSITARIAS: UN APRENDIZAJE FECUNDO PARA EL PORVENIR COMO CRÍTICOS

Como resulta evidente, los universitarios que empezaban – especialmente los del Guinea- no albergaban todavía suficiente autoridad para elaborar las crónicas o los artículos de opinión de índole política o social; esta labor estaba reservada para los nombres de más envergadura, quienes redactaban también los editoriales o los reportajes de investigación más reivindicativos que marcaban la línea ideológica de las revistas. Pero en cambio, como hemos comprobado a lo largo del presente artículo, sí podían utilizar sus ya altísimos conocimientos – literarios, culturales, filosóficos, históricos, etc.-, para mostrar las deficiencias que el régimen establecía en el panorama educativo y cultural: tenían claro que debían hacer cuanto estuviera en sus manos para que todo lo anterior a la guerra no quedara en el olvido, no podían permitir una revisión sesgada y mutilada del valioso patrimonio literario y filosófico anterior al 36. Divulgarlo, pues, era una obligación moral, una justicia en la que creían ciegamente, que caminaba por encima de las circunstancias: «consideraban imprescindible recuperar una buena parte del patrimonio intelectual español anterior a 1936, simbolizado en aquellos momentos por el pensamiento de Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset» (Molinero: 2008: 21).

Este grupo, no hay que olvidarlo, aún había podido alcanzar el abanico de lecturas que nutrieron a sus maestros y referentes cuando aún no estaban censuradas. Se han podido alimentar de la literatura anterior que ahora quedaba sepultada por el nuevo totalitarismo y en sus columnas no harán más que reivindicarla en la medida de lo posible, especialmente Antonio Vilanova, quien se encargaba de la sección de «Literatura» en *Alerta*, y para quien la figura de Ortega siempre fue referente incuestionable. No se arruga a la hora de recordar la relevancia del filósofo madrileño o la del poeta Lorca, la de Miguel Hernández o la de Machado en la cultura española más reciente. Esa conciencia era algo que, a su juicio, debería mantenerse bien presente en los estudios universitarios, en las publicaciones y en el acervo cultural de la sociedad. Vilanova, como hemos visto, no tolera no hallar los nombres de los escritores capitales del siglo XX en las listas de las recientes Historias de la Literatura que se estaban publicando con la intención de construir un nuevo canon. En este sentido, uno de los ejemplos más atrevidos lo hallamos en su artículo «Crítica y literatura», correspondiente al 12 de

junio de 1943 de *Alerta*, en el que el crítico no se muerde la lengua para reivindicar justicia y coherencia en muchos de los volúmenes que recorrían la historia literaria española obviando alguno de sus nombres más ilustres. La diana del artículo, en este caso, apuntaba a la publicación de la *Literatura Española* de Nicolás González Ruiz, editada por Pegaso en Madrid, que pretendía agrupar a los autores más representativos de las últimas generaciones desde el 98 hasta nuestros días. Vilanova, indignado y ofendido ante la tergiversación que se estaba haciendo respecto a la relevancia de los escritores mencionados –González Ruiz insistía en poner de relieve a autores muy menores en detrimento de los prohibidos por el régimen-, escribe:

Su libro nos ha defraudado por completo. [...] El señor González Ruiz, que elude voluntariamente dar a su libro el vigor constructivo de una meditada arquitectura, no posee ciertamente esta equilibrada justeza, pues su obra adolece de una manifiesta inconexión, pero no puede lograr nunca la fórmula exacta. En cuanto a buen gusto, es difícil armonizar esta estimable cualidad con el criterio que le lleva a considerar *El Ruedo Ibérico* y *Tirano Banderas* como las obras menos transcendentales entre la producción novelesca de Valle-Inclán, y la deliciosa farsa de *La Marquesa Rosalinda* superior al trágico guignol de los *Esperpentos*.

Tampoco se olvida de Juan Ramón Jiménez, cuya presencia debiera ser obligada en toda obra o manual que pretenda explicar la literatura reciente del país:

Un paisaje de la poesía española contemporánea que no subraye suficientemente la influencia decisiva de Juan Ramón Jiménez en el momento crucial de su segunda época –escribía tajante Vilanova- no puede aclarar nada respecto al nacimiento de las escuelas penúltimas hasta el intimismo y la poesía pura.

Asimismo, no pasan por alto las referencias al denostado García Lorca, de cuya trayectoria literaria mostraba tener un altísimo y riguroso conocimiento, como comprobaremos en sus reseñas: «Lorca es estudiado únicamente como un renovador del romance. Ningún aspecto de su popularismo, ningún detalle de su estructura dramática, ni una observación sobre el mundo poético del Romancero, acompañan su brevísimo esquema».

A pesar de estar dirigidas por personas influyentes en el ámbito de la cultura –ahora, tras la guerra, próximos al falangismo o al franquismo–, las revistas vinculadas al círculo universitario barcelonés alcanzaban círculos sociales muy concretos y minoritarios, como ya hemos apuntado anteriormente. Por eso mismo y por el hecho de depender en una parte sustancial de una plantilla considerable de estudiantes universitarios, en un principio se ninguneó su fuerza y su capacidad de influencia, pero pronto la censura del régimen se vio obligada actuar espoleada por lectores indignados y por oligarcas que eran víctimas de sus ataques periodísticos. Lo que se consideraba más intolerante por parte de las instituciones y de censura no era que unos cuantos jóvenes osados y demasiado discrepantes escribieran textos de ese calado reivindicativo, sino que quienes sustentaban estas plataformas eran los intelectuales que procedían supuestamente de su mismo bando vencedor, hecho que empezaba a colmar la paciencia de muchos e incluso a replantear la posibilidad de que fueran rojos encubiertos que ahora asomaban la cabeza.

Más allá de las presiones, las advertencias y de los sucesivos asaltos con sus posteriores cierres de redacción a lo largo de la trayectoria de las tres revistas, fueron el primer intento de evolución política, moral e ideológica de una juventud crítica e inquieta que heredó de una vertiente determinada del falangismo los hilos que podían llevarla a refundar una cultura de ámbito liberal que enlazase con la edad de Plata. *Alerta*, ya en 1942, fue la pionera en romper el silencio de la conformidad ante ciertas políticas de Franco, y lo hizo con la plena convicción del valor y de la importancia del ideario de Falange, asumiendo todas las reacciones y las represalias que podía acarrear una voz disidente en los años 40, los años de plomo para la discrepancia. Eran bien conscientes de ello. Pero la distancia entre el ideario nacional-sindicalista por el que el falangismo había apoyado la revolución y la realidad que el Gobierno estaba aplicando en su gestión era cada vez más acusada y si no había una reacción inmediata, el camino se iría marcando hacia la dirección errónea. La nueva política estaba cada vez más alejada del pueblo, y éste cada vez más inmerso en la miseria y en la incultura. Las consecuencias para España serían nefastas, por tanto, el riesgo estaba justificado: ellos no podían tolerar semejante deriva, no podían quedarse callados. Esta será la postura de *Alerta*, y más tarde de *Quadrante* y *Estilo*.

Las reivindicaciones de estas tres revistas universitarias barcelonesas se irán radicalizando a medida que se suceden los números publicados, inmersas en la impotencia de ver que nada cambia, sino que empeora. Esta radicalización convive a la vez y proporcionalmente con las presiones externas que acabarán derivando, como ya se ha indicado, primero en cierres temporales de redacción y finalmente, en su clausura definitiva. *Alerta* adoptó el papel de pionera de ese espíritu crítico vuelto hacia adentro, hacia su misma camarilla política, pero la irreverencia, el atrevimiento y las crecientes subidas de tono que utilizó como vía de expresión acabaron volviéndose en su contra; una lección de la que tampoco *Estilo* supo beneficiarse, aunque su trayectoria será mucho más longeva, puesto que se prolongará hasta 1959. Aun así, ambas despertaron demasiados recelos entre los círculos de poder.

En definitiva, un recorrido por los incipientes artículos críticos de Antonio Vilanova y de Néstor Luján y del resto de compañeros del denominado círculo del Guinea, nos permite entender cómo las páginas de *Alerta* y *Estilo* —y por supuesto, posteriormente las de *Destino*— representarán para estos universitarios una oportunidad para mostrar por primera vez a la sociedad sus capacidades y sus conocimientos, y en ellas vertieron toda su habilidad literaria a pesar de la censura, o mejor dicho, a propósito de la censura. El clima represivo y la vigilancia que cada vez más suscitaban estas revistas les obligaba a jugar con los resquicios de la permisividad en un delicado equilibrio que algunas veces se rompía por la excesiva osadía o sencillamente por no saber medir bien los límites:

Nosaltres representàvem (o preteniem representar) la tradició viva, la que s'havia esvanit al començ de la guerra, i voliem continuar-la. A tal efecte, ens enginyàrem per fer una revista que, sota l'aparença d'acatament al pensament oficial, servia en realitat a una actitud rebel de reivindicació de la literatura i l'art que es feia abans de la guerra (Perucho: 1992: 81)

ALBA GUIMERÀ GALIANA
UNIVERSITAT DE BARCELONA

BIBLIOGRAFÍA

- BONET, Laureano. (1988) *La revista Laye, estudio y antología*. Barcelona- Península.
- ____ (2007) «El pensamiento literario del joven Manuel Sacristán: *Laye*, 1954. Una hipótesis». Actas del Homenaje al 25 aniversario fallecimiento de Manuel Sacristán. Barcelona. 149-159.
- CAPELLA, Joan Ramon. (2005) *La práctica de Mnauel Sacristán. Una biografía política*. Madrid. Taurus.
- ____ (2017) «Biografía de José Sacristán». El País, 2 de enero de 2005. https://elpais.com/diario/2005/01/02/domingo/1104641556_850215.html.
- CLARET, Jaume. (2006) *El atroz desmoche, la destrucción de la Universidad española en el franquismo* (1936-1945). Barcelona. Crítica.
- COROMINAS, Jordi y Joan Albert Vicens. (2005) *Xavier Zubiri, La soledad sonora*. Madrid. Taurus.
- FERNÁNDEZ BUEY, Francisco. (2003) «En la muerte de Carlos García-Borrón». *El País*. 11 de julio de 2003.
- FERÁNDEZ CÁCERES, María Francisca. (2013) «Orígenes de una disidencia. Manuel Sacristán en las revistas *Estilo* y *Qvadrante*». *Revista Historia y Política*. 30. Madrid. Universidad Complutense de Madrid, UNED y Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. 225-249.
- FERRARY, Álvaro. (1993) *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*. Pamplona. EUNSA.
- GALLEGO, Ferran (2014). *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del fascismo (1930-1950)*. Barcelona. Crítica.
- GAOS, Vicente. (1944) *Arcángel de mi noche. Sonetos apasionados (1939-1943)*. Madrid. Editorial Hispánica.
- GARCÍA-BORRÓN, Juan Carlos. (1987) «La posición filosófica de Sacristán desde sus años de formación». *Mientras tanto*. 3031. Barcelona
- ____ (2004) *Recuerdos de un observador atento*. Barcelona. Ediciones del Serbal.
- GRACIA, Jordi. (1993) «Los orígenes intelectuales de *Laye* en dos revistas del SEU: *Estilo* y *Qvadrante*». *Anuari de Filologia*. 4. 47-70.
- ____ (1998) «Notas en torno a una disidencia intelectual: dos voces críticas en *Alerta* (1942-1943)». *L'université en Espagne et Amérique latine du moyen âge à nos jours. II. Etudes hispaniques*. XIII-XIV. Tours. Presses Universitaires François-Rabelais. 247-261.
- GUILLAMÓN, Julià. (2015) *Joan Perucho, cendres i diamants. Biografia d'una generació*. Barcelona. Galaxia-Guttemberg.
- JULIÀ, Santos (2004) *Historias de las dos Españas*. Madrid. Taurus.
- LUJÁN, Néstor. (1944), «Homenaje a Vicente Aleixandre». *Destino*. 357. 13.
- ____ (1994). *El túnel dels anys 40*. Barcelona. La Campana.

- ____ (1995). *El pont estret dels anys 50*, Barcelona, La Campana.
- MAINER, José Carlos. (2013) *Falange y literatura. Antología*. Barcelona. RBA.
- MANENT, Albert. (2008) *La represa. Memòria personal, crònica d'una generació (1946-1956)*. Barcelona. Edicions 62.
- MANJÓN, Dolores. (2004-2005) «Un silencio olvidado: la poesía de Juan Perucho». *EPOS*. XX-XXI. 285-290.
- MARSAL, J.F. (1979) *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*. Barcelona. Ediciones Península.
- MOLINERO, Carme y Pere Ysàs. (2008) *La anatomía del franquismo: de la supervivencia a la agonía: 1945-1977*. Barcelona. Crítica.
- MONTORO ROMERO, Ricardo. (1981) *La universidad en la España de Franco*. Madrid. C.I.S.
- PEIRÓ, Ignacio. (2017) *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española*, Madrid. Akal.
- PONS, Agustí. (2004) *Néstor Luján, el periodismo liberal*. Barcelona. Columna.
- PERUCHO, Joan. (1992) *Els jardins de la malenconia*. Barcelona. Edicions 62.
- ____ (1995) *Un silencio olvidado (poesía 1943-1947)*. Barcelona. Quaderns Crema.
- PINILLA DE LAS HERAS, Esteban. (1989) *En menos de la libertad. Dimensiones políticas del grupo Laye en España*. Barcelona. Anthropos.
- RAMOS RUIZ, Isabel. (2000) *Profesores, alumnos y saberes en la Universidad de Salamanca en el Rectorado de Antonio Tovar (1051-1956)*. Salamanca. Publicaciones Universidad de Salamanca.
- RIERA, Carme. (1988) *La escuela de Barcelona, Barral, Gil de Biedma, Goytisolo*. Barcelona. Anagrama.
- SAZ CAMPOS, Ismael. (2003) *España contra España*. Madrid. Marcial Pons Historia.
- SALVO, Ramon. (1996). «Josep Palau i Fabre: de l'aprenent de poeta a l'alquimista». *Revista de Catalunya*, 103. Barcelona.
- SENTÍS, Carles. (2006) *Memòries d'un espectador*. Barcelona. La Campana.
- SOTELO, Adolfo. (2009) *Antonio Vilanova (1923-2008). Necrologies. Estudis Romànics*. Barcelona. Institut d'Estudis Catalans. 646-652.
- ____ *Memoria de Antonio Vilanova (1923-2008). El Extramundi y los papeles de Ira Flavia. LIII. Iria Flavia. 2008*.
- THOMÀS, Joan Maria. (2011) *Los fascismos españoles*. Barcelona. Planeta.
- VILA, Enric. (2003) *Néstor Luján, entre el rostre i la màscara*. Barcelona. Angle Editorial.
- VILANOVA, Antonio. (1995) *Novela y sociedad en la España de la posguerra*. Barcelona. Lumen.
- ____ (2014) *La letra y el espíritu (1950-1960)*. Letras Universales. Adolfo Sotelo [pról.]. Alba Guimerà, Gemma Márquez, Blanca Ripoll [eds.]. Madrid. Devenir.